
CONSIDERACIONES EN TORNO A LA FAMILIA Y EL CRISTIANISMO

Antonio Duato Gómez-Novella (1)

El corazón de las masas

Charles Foucauld, tras una vida de explorador en África al servicio del colonialismo francés, se convirtió al cristianismo y quiso seguir las huellas de Jesús. El misterio de la vida familiar y oculta de Jesús durante treinta años le atrajo de tal modo que se hizo jardinero de un convento en Nazaret para seguir más de cerca, topológicamente, su vida en ese pueblo. Pero su búsqueda de la humanidad de Dios, tal como se hizo presente en la cotidianidad familiar de un poblado semita, le llevó después a compartir la vida de una tribu de tuaregs en el Sahara. El Espíritu le había llevado, como a muchos místicos, al desierto, pero a un desierto poblado de personas, de familias que, siguiendo sus tradiciones, en grupos unidos por la sangre, vivían estrechamente juntos en sus tiendas de nómadas, procreaban, trabajaban, sufrían, cantaban, danzaban y también luchaban y morían. Durante años vivió contemplando sus costumbres y sabiduría transmitida de generación en generación para hacer posible, en un ambiente tan seco y hostil, el milagro de una vida humana llena de ternura y energía interior. Su mirada ya no era la del explorador o del antropólogo, sino la del místico cristiano. Se hacía presente a ellos como hermano, ayudando en lo que podía, sin avasallar. La memoria de Jesús llenaba su corazón, pero no se le ocurría hacer proselitismo. Hasta que un grupo de tuaregs de otra tribu, que lo veían sólo como espía, ciudadano de la potencia colonizadora, lo asesinó. Y este crimen le sirvió a Francia de coartada para recrudecer su lucha genocida contra el pueblo tuareg. Triste destino, que acercaba más su vida a la de Jesús, cuya muerte también ha sido aprovechada frecuentemente por poderosos de todos los tiempos para legitimar cruzadas y holocaustos.

El espíritu de Foucauld –un renovador de la vida contemplativa en el siglo XX que no fundó nada pero marcó una dirección– llevó después a sus discípulos póstumos, los hermanitos y hermanitas de Jesús, a vivir su vocación en el “corazón de las masas”, puerta con puerta de esas viviendas y familias donde las masas trabajadoras (consideradas por los poderosos y las estadísticas sólo como fuerza de trabajo, capacidad de consumo o cantera de votos) adquieren nombre y corazón. Los hermanitos y hermanitas de Jesús, en esos nuevos desiertos poblados de la periferia de las grandes ciudades, contemplan llenos del espíritu de Jesús, cómo viven los hombres y mujeres, cómo se enamoran, forman familias y tienen hijos, cómo gozan y sufren. En los ambientes en que se sigue luchando por la supervivencia, la familia es extremadamente débil pero persiste como valor e institución fundamental. Los parientes de diversas generaciones se relacionan y enraciman todavía en sagas, conservando muchas tradiciones y ritos, a pesar de las grandes transformaciones culturales y sociales a que están sometidas las gentes desenraizadas por la industrialización y la globalización.

La primera actitud cristiana ante la familia ha de ser de discreta admiración ante el continuo milagro del nacimiento de un amor entre dos personas, que es siempre una imagen y sacramento de Dios. Podrá parecer que esos primeros besos son sólo capricho y juego de un día, como en otras ocasiones, pero con frecuencia son los mismos interesados los que, aun sin percibir su trascendencia, se dan cuenta de que se trata de algo distinto, de que una fuerza íntima y profunda les posee, de que eso va a unirles para siempre y prolongarse en los hijos. ¡Qué gran prodigio genesiaco es siempre el enamoramiento! Los ojos limpios del cristiano verán allí a Dios, porque Dios es amor y está donde hay amor, aunque no estén presentes los ritos o las normas con que los profesionales de la religión quieren mojonar su territorio.

Pero, ¿acaso esa estructura de emparejamiento no es natural, animal incluso, producto de las feromonas de atracción entre sexos? El recelo al sexo, como componente animal instintivo opuesto al es-

píritu, enturbia con frecuencia la mirada del cristiano y le incapacita para comprender la grandeza del hombre real, enraizado en Dios por su cuerpo y su mente, imagen y semejanza de Dios en todo su ser, incluida su estructura instintiva. En el corazón del instinto y de la atracción sexual hay una llamada y vocación de Dios a conseguir la plenitud del ser, a profundizar en un amor que te hace salir de ti hacia el otro, en el que llegas a confiar plenamente y con el que quieres compartir el resto de tu vida y tu paternidad/maternidad creadora de hijos y de obras.

Esa familia *in nuce*, embrionaria, que está ya en el vínculo amoroso de dos personas, puede frustrarse e incluso abortar antes de nacer. La superficialidad de los dos o de alguno de los interesados –fomentada por carencias formativas o por la cultura moderna– o el rechazo a un compromiso que cambia la vida pueden ser la causa de que el amor no arraigue ni fructifique. Pero, con frecuencia, la vivencia del amor es el momento en que algunas personas encuentran el camino para llegar a una profundidad y madurez que ni ellos ni sus cercanos sospechaban. Y es una pena que, por no tener en su círculo a cristianos con ojos limpios y espíritu abierto, sea también el momento en que muchos se alejan para siempre de sus referentes religiosos, que les siguen exigiendo normas y ritos que no concuerdan con las exigencias íntimas de su amor y el ritmo de sus nuevos compromisos.

La familia, matriz del cristianismo

Las relaciones de amor conyugal, paternidad/maternidad, filiación y fraternidad que constituyen la familia son experiencias esenciales en el desarrollo de la persona asequibles a todos. No son experiencias extraordinarias reservadas a algunos. Están incrustadas en el instinto más básico de conservación de la especie, presente en todo el reino animal. Y, sin embargo, son experiencias que llaman e invitan a un trabajo espiritual, porque sacan al hombre de sí mismo y lo abren a la trascendencia, al hacérsele patente de forma intuitiva, sin necesidad de elaboración intelectual,

cómo lo más íntimo y propio suyo (su persona amada, su hijo, su propio ser amante y padre/madre) no le pertenece sino que le es dado como don.

Estas experiencias, ligadas íntimamente a la familia, son las que han proporcionado a las religiones, pero sobre todo al cristianismo, los conceptos y palabras más exactas para expresar la naturaleza de Dios y de su relación con nosotros. Anteriormente, en las religiones cósmicas y político-imperiales, habían dominado las experiencias de pequeñez ante la grandeza de la creación y de los señores poderosos que exigían vasallaje. En los astros está Dios, que es el Rey más poderoso, con cuya fuerza su hijo, el emperador, impone su señorío. Pero, para los cristianos, Dios está en el corazón del hombre, nos seduce como el amado a la amada, se nos revela como padre que invita y espera, nos reviste a todos de la dignidad de hijos suyos para que nos sepamos todos hermanos.

Todo cristiano construye su relación con Dios adecuadamente si parte de su experiencia de amante, padre e hijo. Podrá extraer esta experiencia de su propia vida o de la ajena, de lo vivido o de lo añorado, de la familia carnal o de la espiritual, pero necesitará referentes claros, bien enraizados en su ser, para poder entender qué es amar, que es ser hijo, qué es ser padre, qué es ser hermano. Para entrar con profundidad en el meollo del mensaje cristiano es necesario haber vivido con profundidad estas experiencias. La falta de referentes muy reales en este tipo de experiencias crea frecuentemente personalidades inmaduras que viven el cristianismo en un mundo irreal, lleno de sensiblería y de lenguaje nominalístico.

Los cristianos de todo tiempo han empleado desde luego estas experiencias del amor conyugal, de la paternidad/maternidad y de la filiación para expresar sus vivencias místicas más profundas. Aprovechando el mismo lenguaje bíblico –sobre todo la poesía amoratoria del *Cantar de los Cantares*– han hablado sin rubor de bodas místicas, de íntimos encuentros con el amado y de feliz regresión al vientre materno. Un lenguaje vivo y actual.

Pero los teólogos, más severos, han temido más la “carnalidad” adherida a estas metáforas y han buscado apoyo en otras referencias, sobre todo para intentar comprender las relaciones divinas en el mismo seno de la Trinidad. Es verdad que, además de las familiares, hay otras experiencias humanas fundamentales en las que se expresa la semejanza divina del hombre con Dios, como la experiencia estética y la estrictamente intelectual, tanto en su aspecto contemplativo como creativo. También a través de ellas se puede encontrar un lenguaje para hablar metafóricamente de lo indecible. Pero, a diferencia de las familiares, estas experiencias son exclusivas de una minoría cultivada. Por eso, los grandes esfuerzos teológicos –desde san Agustín y santo Tomás hasta Bernard Lonergan– por iluminar la teología trinitaria desde las relaciones entre el acto de entender, el concepto que expresa lo entendido y el reconocimiento de la plena identidad entre los dos, no hacen sino lanzar más oscuridad sobre el significado del misterio más central del cristianismo, hecho así el más abstruso e inútil.

Sospecho que, si no se hubiera producido el cisma de Oriente –curiosamente basado doctrinalmente en el *filioque* (que el Espíritu procede del Padre y del Hijo)– y los teólogos hubieran sido casados, la Teología Trinitaria habría sabido elaborar los datos de la revelación y de la tradición primigenia, con metáforas y referentes familiares, de una forma más acorde con el lenguaje sencillo de los sinópticos y más fácil de entender hoy. Por ejemplo, decir sencillamente: “Dios es Amor –Madre y Padre– y el amor no existe en soledad sino en la relación amorosa entre personas que, como en cualquier familia, engendran otras personas con las que forman una unidad. Esa unión de varios en una familia apunta al misterio de un solo Dios en tres Personas”.

La familia, escuela de virtudes cristianas

Pero veamos otros aspectos por los que en cualquier familia sencilla, si se tienen los ojos limpios, se puede ver ya la presencia de Dios y los rasgos esenciales de un cristianismo que en muchos casos permanece anónimo.

Lo primero que busca una pareja que se quiere y que hace un proyecto de vida en común es una casa. Esta casa supone ya una fe mutua, una esperanza, una obra en común. No siempre se obtiene fácilmente. Con frecuencia permanece mucho tiempo como un sueño. La mayoría de las parejas de hoy, para conseguirla, se empeñan para casi toda la vida. Generalmente hace falta el sueldo de los dos cónyuges para hacer frente a una hipoteca, según dicen las recientes estadísticas. Por eso, cuando se consigue, se mima y cuida la casa como un templo. El construir un hogar con los objetos nuevos y los que se heredan, con lo que aporta uno y aporta otro, es una obra importantísima de casamiento que con frecuencia antecede a la venida del hijo y lo prepara, pero que va continuándose a lo largo del tiempo. Cada detalle es un símbolo y un sacramento de ese amor y esa unión. Boff habla, recordando su familia de origen, del sacramento de la jarra de bronce con agua fresca donde bebían todos al llegar a casa. Cada familia está llena de ritos y símbolos de esa pervivencia y fecundidad del amor que la ha constituido.

El embarazo, la preparación al parto y el nacimiento de los hijos (o los trámites, esperas y feliz adopción de un hijo en otros casos) suelen ser acontecimientos que aun las parejas que parecen más ligeras y superficiales se toman con profunda seriedad. Muchos responden a las exigencias íntimas de ese proceso de constituirse en madres y padres y maduran impresionantemente en su personalidad y en su unión de pareja. Siempre habrá en estos procesos quien fracasa o quien se desengaña, quien pierde la fe en el otro que no ha dado la talla o la esperanza en un proyecto común. Son fracasos muy tristes y dolorosos que hay que contemplar con respeto y tristeza, sin juzgar ni condenar. Y con respeto, alegría y unción debemos contemplar cómo, en la mayoría de casos, la pareja se consuma en una maternidad/paternidad que la eleva a un nuevo nivel de plenitud familiar.

El hijo hace madre a la madre y padre al padre. Esta frase parece una obviedad pero está llena de sentido. La experiencia de tener un hijo es algo único. No puede una persona ser madre o padre de

esa manera plena si no se le da el hijo. Porque el hijo es engendrado, no creado, de la misma naturaleza que el padre, pero persona independiente. Esta trascendencia experimentada entre lo que el hombre pone y lo que recibe en la paternidad/maternidad es fuente de la religiosidad más profunda, aunque a veces no se sepa explicitar. De ahí que esta relación con el hijo no pueda ser sustituida, sino sólo analógicamente vivida, en otras paternidades, como la creación artística o intelectual. Un libro, un movimiento o una organización pueden ser el gran fruto de una vida o de una pareja cuajada. Se puede extraer de ello una experiencia de paternidad y madurez de entrega. Pero quien además ha tenido la experiencia de ser padre de una persona real, sabe que nunca será lo mismo. Y siente que su Iglesia se vea tan radicalmente empobrecida al privar sistemáticamente de esa experiencia a los más generosos de sus fieles, a los que en exclusiva encarga de las máximas responsabilidades.

Porque la maternidad/paternidad es en sí, de una manera total y prerreflexiva, una exigencia de entrega incondicional al hijo. Se le acepta como es, con su boca que alimentar, con su culo que limpiar, con sus lloros nocturnos que hacen levantarse al padre o a la madre para atenderlo y acunarlo en el silencio de la noche hasta que se duerme. Objetivamente, este llanto nocturno, tan frecuente y natural, tiene por lo menos el mismo valor religioso y cristiano que la campana que despierta al cartujo para que acuda al encuentro de Dios en Maitines. En estas tareas colaboran cada vez más el padre y la madre, signo éste de mayor calidad cristiana objetiva en la pareja.

De una manera natural y espontánea, sin que hayan estudiado para ello, van los padres educando y socializando a sus hijos. En este proceso, tal vez más que a través de los genes, los padres hacen a sus hijos a su imagen y semejanza, herederos y continuadores. Transmiten, sin darse cuenta, maneras de pensar y de expresarse, saberes, costumbres y valores. El desear lo mejor para el hijo y el sacrificarse por él surge con naturalidad, sin ponerse medallas al realizar ese acto supremo de caridad que es dar día a día la vida por el otro. Prueba de que esta actitud cristiana de entrega es lo normal es que llama

la atención la excepción, el que alguien descuide la educación o maltrate al hijo, consecuencia casi siempre de lo vivido en la propia infancia. A veces los padres se equivocan, pero más bien por un exceso de entrega, al manipular o forzar al hijo, haciéndole seguir a la fuerza el camino trazado para él, como consecuencia generalmente de las propias frustraciones o impericia educativa.

De una manera espontánea, va madurando la pareja a medida que crecen sus hijos, haciéndose padres a imagen de Dios, dándose incondicionalmente sin esperar recibir a cambio. El padre de verdad se educa educando, descubre progresivamente cómo educar a su hijo en libertad, sin dejar de estar presente en su vida, con el ejemplo antes que con las palabras, como un referente de vida digna y honrada. Es casi imposible no equivocarse en el dilema autoridad-libertad. Pero, tras años de alternancias radicales en las anteriores generaciones, parece que en las nuevas familias se va imponiendo, como ideal al menos, el alejarse a la vez del autoritarismo y de la dejación de responsabilidad, hacerse presente al hijo sin anular su personalidad, saber que, en definitiva, es el hijo el que debe encontrar el camino y seguirlo aunque se aparte de las expectativas que el padre se ha forjado sobre él.

La familia es normalmente el territorio donde se experimenta la fraternidad, algo que debe caracterizar tan a fondo la vivencia cristiana. Aprender a compartir, a respetar, a querer al hermano como es y no como gustaría que fuese, es algo que se realiza con normalidad en una familia normal. La familia es el lugar más adecuado para que los niños aprendan a solucionar conflictos con diálogo y pactos, a colaborar en tareas, a apoyarse y defenderse mutuamente, a tener seguridad en las sucesivas socializaciones más amplias que les esperan, alargando progresivamente la fraternidad a otros ámbitos de compañerismo y convivencia.

Todo esto no es sólo un ideal utópico de familia, sino una realidad más común que lo que opinan los tremendistas de crisis familiares, patente a quien sabe observar con ojos limpios lo que se puede ver cualquier domingo en los parques o restaurantes de luga-

res de ocio, en donde se juntan con frecuencia grupos y peñas de familias con niños pequeños. También en las reuniones de padres de cualquier colegio. Es verdad que la mayoría de estas familias no están vinculadas a parroquias, a las que sólo acuden para los bautizos y comuniones, y sus referencias explícitas al cristianismo son escasas. ¿Pero acaso no están representando muchos de ellos sin saberlo un modelo de familia cristiana?

¿Qué es una familia cristiana?

Hay otra manera de definir la familia cristiana que es partir, no de sus virtudes objetivas, sino de un retrato robot construido por una serie de rasgos de vinculación confesional con la Iglesia. En este sentido una familia cristiana sería la que ha surgido de un matrimonio canónicamente válido, cuyos miembros cumplen todos los mandamientos y preceptos de la Iglesia, según la única interpretación válida, la de la jerarquía. Los padres van con los hijos (necesariamente numerosos, si se cumplen todos los preceptos a la letra) a la misa dominical, se confiesan (de usar medios anticonceptivos o de tener malos pensamientos sobre todo), rezan unidos en casa y el matrimonio se mantiene unido para siempre, a no ser que una sentencia de nulidad canónica (alcanzable prácticamente por todos los matrimonios rotos) declare que es un matrimonio que no ha existido nunca (aunque tenga hijos ya mayores, como en el caso del premio Nobel, Camilo José Cela).

Dejando la ironía encerrada en los paréntesis del párrafo anterior, yo no dudo de que existan familias así y que representen un ideal en el que la vivencia de virtudes familiares auténticas, la confesión creyente y la vinculación eclesial están en sintonía. Pero estos grupos de familias, minoritarios, si además tienen una conciencia de ser los elegidos y los únicos cristianos, representan para la Iglesia de hoy, una tentación al sectarismo.

Cuando empezó, el cristianismo no tenía prefijado ni revelado ningún tipo de familia concreto. Sólo aportó un nuevo impulso de amor entre esposos y entre padres e hijos a los tipos de

familia existentes en su época. La familia de su época era fundamentalmente patriarcal, tanto en el mundo judío como en el grecorromano.

Los judíos insistían en los vínculos de sangre que prolongaban las familias en el tiempo, a través de genealogías que las identificaban (“José era de la familia de David”). Contra esta pretensión de dominación sobre los descendientes y de seguridad en la promesa por la descendencia, insisten los evangelios en la primacía de los vínculos espirituales (“¿Quiénes son mi madre y mis hermanos?”) y en la universalidad de la oferta de salvación a todos los pueblos (“De las piedras puede sacar Dios hijos de Abrahán”). Textos en que se apoyarán después, desde el siglo II, los cristianos para ver la realización plena del amor cristiano sólo en las comunidades espirituales, permitiendo el matrimonio “carnal” para la gente de tropa y ensalzando la familia sólo como aportadora necesaria de “hijos para la Iglesia”.

Los romanos, inventores del derecho de familia, estaban preocupados, sobre todo, por la legitimidad formal del vínculo matrimonial y de la filiación, por razones de propiedad y herencia. El matrimonio era, ante todo, contrato, y la filiación, reconocimiento legal. La propiedad familiar incluía a los esclavos también, cuyas vidas dependían de la autoridad del *pater familias*.

El cristianismo, que insistía en que “el marido es cabeza de la mujer... pero debe amar a su mujer... no exasperar a los hijos... y tratar bien a los esclavos” (*Efesios*, 5, 23-6, 9), aceptó la estructura propietarista, monogámica y legal de la familia grecorromana, incluso en el derecho a la posesión de esclavos. Pablo hace que el esclavo Onésimo, convertido al cristianismo, vuelva a su amo Filemón, también cristiano, del que se escapó, acatando plenamente el derecho romano y exhortando únicamente a tratarlo con amor, sin exigir siquiera la posible liberación jurídica en este caso. La fraternidad cristiana que caracterizó a las primeras comunidades se construía a parte del derecho romano, que se reconocía como único regulador de la realidad familiar. Los patricios y matronas convertidos ponían

sus casas a disposición de los apóstoles y los hermanos, sin renunciar a sus derechos y privilegios.

Ya sabemos que a partir de Constantino, y sobre todo de la crisis y caída del imperio romano, a lo largo de toda la Edad Media y casi hasta nuestros días, la Iglesia fue la gran reguladora jurídica de la familia, continuando las instituciones del derecho romano con el canónico y constituyéndose en la gran defensora del contrato matrimonial, elevado a la dignidad de sacramento, y de la filiación legítima. Para ello sus clérigos, a través de los registros de matrimonios y bautizos, llevaban el control de la población y sus tribunales decidían, incluso en las familias reales, la validez o no de un matrimonio y los derechos de sucesión.

El movimiento cristiano, cuando se convirtió en poder legítimo, se interesó por la familia como institución, pero más en los aspectos jurídicos que espirituales, conservando el sentido patriarcal y autoritario de la misma. Lo específico cristiano, el amor y la fraternidad, fue transfiriéndose al casamiento con Dios por la virginidad y la vida monacal, dejando la familia como una proveedora de bienes y de personas que sostuvieran al clero y a las órdenes religiosas.

Y esta relación del cristianismo con la familia es la que ha continuado hasta casi nuestros días, a través de esas dos formas de familias tradicionales cristianas de las que la mayoría de nosotros provenimos en primero o segundo grado, la familia rural y la familia burguesa urbana. Recordando lo que fueron las familias de nuestros padres o abuelos –las que se formaron y se desarrollaron antes de los años cincuenta– podemos constatar sin necesidad de recurrir a estudios de investigación cuál era el modelo de familia cristiana: matrimonio canónico, ausencia de divorcio legalizado, respeto reverencial a la autoridad paterna, dedicación exclusiva de la mujer a las tareas domésticas, práctica religiosa, sumisa aceptación de la doctrina oficial de la Iglesia, imágenes y rezos en la casa, aportaciones económicas a las parroquias y órdenes religiosas, vocaciones. Posteriormente fue introduciéndose una colaboración mayor en la vida de la Iglesia por medio de la acción católica, congregaciones marianas, movi-

mientos seculares, etcétera, que intentaban fortalecer el modelo vigente de vinculación familia-Iglesia sin cambiarlo en lo esencial.

La crisis de esta explícita religiosidad familiar se produjo casi vertiginosamente en España en la segunda mitad del siglo XX y todos somos testigos directos de estos cambios producidos por el traspaso del campo a la ciudad o por la evolución general de la sociedad desde el nacionalcatolicismo a una mayor secularidad. Los valores realmente cristianos de nuestros padres y abuelos –honradez, fidelidad en el amor, empeño en el trabajo, respeto y entrega a los hijos– han continuado en las familias descendientes mejor que las costumbres de religiosidad expresa que entonces los revestían. Pero en otros casos, al pasar a una sociedad con menos control social, más conciencia de la dignidad de la mujer y posibilidad de divorcio (tanto el civil como el canónico bajo la especie de nulidad), han quedado al descubierto el egoísmo, el materialismo económico y la hipocresía que, sobre todo entre la burguesía, encubría la tradicional familia cristiana.

Y en este contexto es donde debemos hacernos las preguntas: ¿La generalidad de las familias de hoy son más o menos cristianas que las de ayer? ¿Cuáles son los rasgos de una auténtica familia cristiana? “Antes se celebraban más matrimonios por la Iglesia, aunque parece que el número puede volver a crecer, lo mismo que se mantiene el número de bautizos y primeras comuniones”, responderían algunos.

Insistir en la práctica sacramental para definir el grado de cristianismo de una familia es querer ignorar que el hecho de casarse por la Iglesia o bautizar a los hijos no implica una fe cristiana expresa y menos una aceptación del paquete de dogmas y normas de la Iglesia. Los motivos siguen siendo casi siempre ajenos a la fe: un entorno más solemne para la celebración de la boda o un rito de celebración del nacimiento con más religiosidad natural que compromiso cristiano expreso por parte de los padres. Para estos actos y para las primeras comuniones se sigue aún acudiendo a las parroquias y aceptando requisitos de cursillos como un precio más

que hay que pagar para celebrar una fiesta que efectivamente necesita la familia. Pero no es expresión de consciente pertenencia a la comunidad cristiana. Prueba de ello es que, en la medida en que los ayuntamientos o juzgados ofrecen locales y formas de celebración ritualizadas (a veces son los mismos restaurantes quienes se encargan de ello), disminuyen rápidamente el número de matrimonios canónicos.

El espíritu verdaderamente cristiano de la familia hay que buscarlo en la calidad del amor que une a los padres entre sí y con los hijos. ¿Ha llegado una pareja, profundizando en su inicial enamoramiento, a un amor verdadero de fe mutua y entrega total en la cercanía de lo cotidiano? ¿Ha sabido, como fruto de este amor, procrear (o adoptar) y educar hijos con entrega no posesiva? Si es así, ahí está Dios. En un ambiente laico y de libertad para juntarse o separarse, cargado de estímulos que llaman al consumismo y la superficialidad, pero también de posibilidades de personalización y de creación de un ámbito familiar privado, surgen numerosos ejemplos de familias que eligen y protegen el amor auténtico. Generalmente son familias que están presentes en el compromiso social: Ongs, asociaciones ciudadanas o escolares, movimientos... Con frecuencia se unen en grupos de amigos o asociaciones. A veces se identifican como comunidades cristianas, pero sin separarse de sus ambientes populares ni sentirse por ello los más cristianos. Admiran los valores objetivamente cristianos de muchos no creyentes, aunque les preocupe también transmitir a los hijos no sólo los valores cristianos sino también la fe expresa en Jesús. Por eso no pueden desentenderse del cambio profundo que necesita la Iglesia en sus estructuras y doctrinas para que esa fe auténtica, que ellos han ido depurando, pueda ser creíble para sus hijos. Con frecuencia se sienten marginados por la actual estructura eclesial. Y, aunque alejados de las prácticas, no renuncian a creer que otra Iglesia es posible.

Hay sin embargo quien cree que sólo entre los seguidores de los movimientos más conservadores, que se apiñan junto al papa actual en el llamado “círculo de Roma”, pueden surgir familias cristia-

nas. Sólo la confesión expresa de fe y la pertenencia a la Iglesia católica, con aceptación de todas sus normas morales, puede salvar a una familia de la corrupción de pecado que domina la sociedad secular. Yo no sé cuántos habrá así y si esa fidelidad a ultranza a las directrices de sus dirigentes dará un auténtico valor cristiano a sus familias. Sé que entre ellos hay buenísima gente. Pero lo que me preocupa es el carácter sectario de ese sentirse los únicos salvados. La misma felicidad que, como a cualquier otra pareja, les proporciona el amor conyugal y la paternidad/maternidad lo atribuyen a la especial y exclusiva gracia que les proporciona su camino. Es esencial en los movimientos fundamentalistas y proselitistas el creer que sólo la gracia sacramental hace que Dios esté en la persona o en la familia. Les vuelven incapaces de ver cómo el amor y la salvación está fuera de sus iglesias e incluso de la Iglesia.

El cristianismo auténtico y expreso –que supone la vinculación a una comunidad que confiesa y celebra la fe en el Dios de Jesús– constituirá siempre una minoría sociológica. Lo que se decidirá en el futuro, por las decisiones que tomen la grandes Confesiones cristianas, empezando por la católica, es si esas minorías van a ser fermento que ayude a la humanidad a llegar a una mayor plenitud de libertad, justicia, amor y paz, o van a ser grupos sectarios que estén siempre condenando a los demás y queriendo utilizar todos los medios para imponer coactivamente sus normas con la ayuda de los Estados.

El reto de los nuevos tipos de familia

Donde actualmente se plantea más el conflicto entre sociedad y confesionalismo cristiano es en la aceptación social de los nuevos tipos de familia que surgen y en el reconocimiento legal de los mismos.

No se trata ya sólo del reconocimiento legal (¿y por qué no sacramental, sin necesidad de acudir a la hipocresía de las sentencias de nulidad?) de las nuevas uniones que se producen y cuajan tras una ruptura matrimonial anterior. En occidente se plantea ahora sobre todo la cuestión de las uniones de homosexuales y en otras cul-

turas la de las familias poligámicas o poliándricas. Y la Iglesia, siendo estricta en la aplicación de las verdades reveladas y consecuente con lo que el cristianismo hizo en los primeros tiempos, debería aceptar cualquier tipo de unión familiar que se caracterizara por un auténtico y estable amor de la pareja, capaz de engendrar o de adoptar hijos y educarlos responsablemente.

Hoy, en España, existe ya un debate sobre la implantación de leyes que permitan reconocer las parejas del mismo sexo y extender a ellas la posibilidad de adopción. Perdida la batalla del divorcio y en parte la del aborto, el catolicismo conservador no sólo no se plantea –como lo hizo ya Rahner– la aceptación de nuevas formas de familia diferentes de la tradicional, sino que sigue acudiendo, como siempre lo ha hecho, al apoyo de partidos y líderes políticos para impedir este reconocimiento de nuevos tipos de familia en la sociedad. Insisten en que no se trata de cuestiones libres de fe, con vigencia sólo para sus fieles, sino de ley natural y de defensa de los derechos del niño. Sin embargo sus posiciones en estas cuestiones se presentan como dogmáticas, no como propuestas a un debate en la sociedad ante las exigencias de respeto a los derechos de las minorías. En el fondo, a los cristianos conservadores lo que les preocupa es la fuerza inmanipulable que existe en un amor auténtico, aunque nazca entre personas del mismo género, y buscan que sean las leyes las que impidan su dignificación social. Sin embargo, el cristiano debería alegrarse de que la cultura del mundo moderno fundamente las relaciones de familia en la libre elección de los cónyuges y en la solidez del amor que se logre entre ellos. Realmente, en vez de aceptar estructuras paternalistas y propietaristas, el tejido familiar se empieza por primera vez a tejer en un mundo que, al menos en teoría, piensa que no debe haber en la sociedad discriminación entre “judío ni gentil, esclavo o libre, hombre o mujer”.

Las ayudas que necesita la familia

Este amor en plenitud en la pareja y con los hijos, que según venimos diciendo identifica objetivamente a la familia, se enraíza

siempre en la estructura de los impulsos instintivos pero no se consigue en plenitud sino con un progresivo trabajo de sus miembros.

En este proceso se pasa por crisis, se sufren agresiones, se cometen fallos y se acaba frecuentemente en fracaso. Quien pueda aportar, desde fuera, ayuda a las condiciones hostiles en que se deben desarrollar las familias, debe hacerlo. A las autoridades públicas corresponderá facilitar y dignificar las posibilidades de adquisición de vivienda, el buen urbanismo y los servicios públicos. También las dotaciones escolares, sanitarias, deportivas y culturales para el desarrollo y educación de los hijos. Éstas son las verdaderas ayudas que un cristiano interesado por la familia debería pedir a los partidos y organismos estatales.

Si se quiere hacer algo más, sería bueno prestar toda la ayuda posible a los jóvenes y a las familias, a través de la amistad, del ejemplo o de gabinetes profesionales para ayudarles a profundizar en el amor, en el crecimiento familiar y de pareja. Pero mal se puede ayudar si la actitud inicial es de condena: “venid con nosotros, porque el que no vive con Cristo y cumple toda la moral que propone la Iglesia, vive en pecado y es incapaz de amar de verdad y vivir en plenitud la familia”.

La única manera de que el cristianismo hiciera algo por las familias con problemas o en crisis sería diciéndoles: “¿acaso no os dais cuenta de que estáis viviendo ya, al quereros y al querer a vuestros hijos, la cosa más grande y sublime que se puede hacer en la vida? ¿no valdría la pena ver de qué manera lo podemos hacer todo lo mejor posible?” Y a partir de ahí ir desentrañando los problemas de la pareja y de la educación de los hijos.

Hay muchos profesionales de la psicología, de la educación, de la asistencia social y del derecho que están prestando ayuda a familias con problemas de todo tipo, poniendo al servicio de las mismas no sólo conocimientos y técnicas apropiadas sino dedicación y solidaridad. Seguro que hay muchos cristianos, entre estos profesionales, que no necesitan ponerse ningún tipo de etiqueta para realizar

su voluntariado de ayuda y pastoral familiar. Tampoco se excluye que haya instituciones de Iglesia para servir a la familia: cursillos prematrimoniales, movimientos y consultorios familiares, escuelas de padres... ¡Ojalá lo hicieran siempre con la competencia y respeto debido, sin manipular y sin hacer de esta ayuda un instrumento de proselitismo!

Pero la familia hoy es objeto de dos ataques criminales y el cristianismo, sin ser el directo responsable, debería hacer todo lo que pudiera, a través de las más altas declaraciones, para purificar la cultura colectiva de los modos de pensar que los hacen posibles. Me refiero a los malos tratos de los que son víctimas principalmente las mujeres y a las agresiones y abusos sexuales de los que son las víctimas más sensibles los niños.

Como causa principal de los malos tratos a mujeres por parte de los maridos o compañeros hay que mencionar la mentalidad patriarcal y propietarista del hombre sobre la mujer, que está presente en algunos textos de la Biblia y en la mentalidad general de las religiones con origen en Abrahán. La misma Iglesia Católica no parte, en la moral oficial, de la dignidad y libertad real de la mujer para iniciar y continuar o no una relación sexual. Se sigue hablando de la obligación, por parte de la mujer, de dar el *debitum* (eufemismo clerical que significa “acceder a los deseos sexuales del marido”, aunque la trate como objeto) y se recomienda paciencia y perdón siempre para no romper el vínculo matrimonial. Para que vuelva a tener credibilidad el mensaje cristiano, es imprescindible que la Iglesia haga una declaración solemne y sin ambigüedades sobre cómo hay que entender hoy, en libertad e igualdad plenas, las relaciones de pareja.

Y haría falta, además, que las iglesias y comunidades religiosas examinaran hasta qué punto una represión del instinto sexual, fomentado por la moral oficial y consagrado en instituciones como el celibato obligatorio de los sacerdotes, está en la base de gran parte de los abusos sexuales a subordinadas, a monjas y sobre todo a niños. Los escándalos son especialmente graves cuando los abusa-

dores son clérigos y los obispos, sin pensar en las víctimas, sólo intentan tapar lo que la sociedad ya no permite ocultar más.

¿La familia, tarea prioritaria de la acción sacerdotal?

Hace unas semanas, cuando preparaba este artículo que ya debe encaminarse a su final, el papa Juan Pablo II se reunía con los párrocos de Roma y les hablaba de la importancia de dedicar la mejor parte de su actividad pastoral a las familias pues en ellas estaba el futuro de la Iglesia. Nada más empezar el discurso que le habían preparado, dejó los papeles y dijo: “Bueno, esto lo podéis leer vosotros mañana en *L'Osservatore*. Pero hoy os quiero hablar desde mi experiencia. Aprendí hace mucho tiempo, desde que estaba en Cracovia, a vivir al lado de las parejas, de las familias...”. Y siguió con recomendaciones de ayudar a las familias: “acercarse a sus miembros”, apoyarlas en sus dificultades y sufrimientos. Es el mismo discurso en que habló en romanesco para hacer ver a sus curas que él era uno de ellos y que se había integrado bien en sus ambientes...

Efectivamente, ésta podría ser una tarea de acompañamiento importante de un clero que a veces no sabe qué hacer en sus parroquias vacías. Wojtyla recuerda que ese acompañamiento lo ejerció entre los estudiantes y jóvenes profesores de Cracovia, en pleno comunismo, época de la que conserva los recuerdos mejores y las amistades más perennes.

Efectivamente, en la vida de Karol Wojtyla, hijo de una familia y de una patria marcada por la tragedia, los años que pasó en Cracovia, con su *srodowisko* (ambiente) o *paczka* (pandilla) como *wujek* (tío), fueron de una humanidad y gozo extraordinarios. ¿Qué cura de su generación, apartado de una vida familiar propia por la tragedia o por exigencias de su llamada a lo más heroico, no recuerda como una época maravillosa la integración como tío (líder o consiliario cercano) en un grupo de jóvenes que van creciendo, emparejándose y poniendo después niños pequeños en sus brazos o en sus rodillas? ¿Acaso no han sido muchas de estas jóvenes familias soporte, paño de lágrimas, aporte de humanidad y educadoras de

esos mismos “tíos sacerdotes”? Y quiero mirar las cosas con ojos limpios, como empezó este artículo, aunque no se me oculta que este acercamiento a las familias que propone el papa ha llevado con frecuencia, a muchos, tanto a un replanteamiento de su misión –lo cual es bueno: ¿por qué debe un sacerdote verse privado de tanta plenitud humana?– como a cosas terribles que empiezan a salir y que algún obispo ha tenido la osadía de decir que “no se debieron al ejercicio de su misión pastoral sino a una relación de amistad particular con una familia”.

Pero en lo que más se equivoca el papa Wojtyla, pero sobre todo los wojtylianos que lo quieren imitar sin tener su talla, es en poner su experiencia como ejemplo sin tener en cuenta lo diferente que es la situación de los barrios de la Roma actual a la Cracovia de los años sesenta que él vivió. Él mismo manifiesta en este discurso que lo importante no es la doctrina (que deja para que la lean, o no, en el periódico vaticano) sino la actitud y el encuentro personal.

Sería estupendo que los curas –¿qué edad media tienen hoy los curas de Roma?– siguieran esta invitación papal al “acercamiento con los miembros de las familias”, si lo pudieran hacer desde una actitud contemplativa de ojos limpios, ayudando a la gente sin culpabilizar, dándose a ellos o ellas sin querer compensar las propias frustraciones o privaciones, con la paz de hombres expertos y plenos de humanidad. Cumplirían un gran servicio. Y hasta tendrían quien se les acercase, incluso en la Roma de hoy, a pesar de que ya los jóvenes no necesiten las parroquias o a los curas para asociarse o divertirse.

Pero estas condiciones no son frecuentes. Por eso creo que los únicos que van a seguir esta indicación son los que tienen ya a algunos jóvenes o parejas a su alrededor, reclutados y conducidos por movimientos de proselitismo integrista.

¿No se le ocurre al Papa pensar, como se le ocurrió a san Pablo, que para ser servidores y presidentes de la comunidad, o, al menos, para enseñar a las familias el camino de la plenitud del amor,